

CAPÍTULO XII

EL SEÑOR DON JUAN EN GÉNOVA.—LOS HÉROES DE VERDAD.
LA ESCUADRA EN MESINA

¿Conocéis personalmente al Sr. D. Juan de Austria? Existe en el Prado un admirable retrato suyo, de mano italiana, torpemente atribuído á Sánchez Coello. El Sr. D. Juan es un hermoso mancebo sonrosado y rubio, de larga y fina pierna, de pie femenino, que trenzados borceguíes aprisionan. Las manos son descarnadas y agudas: en la izquierda y en su dedo índice, un anillo de mujer con un rubí, un diamante y un berilo tallado en forma de corazón, acredita y publica lo que dijo el Sr. de Brantôme, "qué fué D. Juan muy amado y bien avenido con las damas". Así lo declara también el brazal rojo que la diestra manga ciñe. Así lo corroboran los ojos audaces, pardos, con claras irisaciones y la apasionada expresión del entrecejo, mucho más humano que el de Felipe II, y la tembladora vibración de las alillas de la nariz. Pero hay en la planta y en otras partes y señas de la figura algo marcial que se sobrepone al no sé qué amoroso emanado de su persona. Los cabellos de D. Juan son castaños, no del rubio frío que encrudece el semblante de su regio hermano; el empinado bigotillo juvenil y el asomo de barba que en la barbilla se espesa ligeramente, el alto frontal un poco fugitivo y el tupé rizado que descuella entre el pelo cortado militarmente al rape, si casan bien con los gregüescos de seda roja y oro, entre cuyas cintas se parece un puñalillo, buído y damasquinado tal vez por Benvenuto, y con las calzas de color salmón, no parecen mal sobre la cora-

cina milanese y sobre la menuda malla de las mangas de acero, ni contradicen al bastón de general y almirante ni á la bella espada de combate, larga de defensas, dorados los gavilanes rectos. No era sólo D. Juan querido de las damas: mejor le querían aún sus soldados, porque hay en la soldadesca, como en toda reunión de hombres movidos hacia un fin, y máxime cuando á ese fin ha de sacrificarse vida y sosiego, un acierto instintivo pero seguro para conocer quién es el hombre digno de ser seguido y acatado. Prestigios militares más grandes que el de D. Juan los había entonces. Entre los mismos generales que á sus órdenes se apostaban estaba el gran Juan Andrea Doria, en cuya frente aún no se habían ajado los laureles de Trípoli, y con otras divisiones de la Liga marchaban Marco Antonio Colonna, D. Alvaro de Bazán, un Venier y un Barbárico, venecianos, hombres de mar y de guerra, fuertes y capaces. ¿Quién duda que la empresa era ardua y difícil? ¿Quién no comprende que Felipe II, al designar para el mando á su hermano lo hizo, impasible y frío, pensando que si D. Juan salía adelante sería un gran bien para la cristiandad, pero si salía mal, la lección resultaría severa y bienhechora para el orgullo del animoso joven?

Por eso hemos de representarnos á D. Juan en aquella misma disposición en que el retrato nos le pinta: rojo de emoción y de alegría, poseído de cuán formidable era la misión que había de cumplir, pero no desconfiado en sus propias fuerzas: bajo la dulzura de los ojos garzos, inscritos en los arcos finísimos de las cejas, el bigotillo ralo, pero indómito, se hispía y la quijada saliente de los Austrias, fuerte y voluntariosa, mostraba indomable decisión.

Con estos ánimos, entró D. Juan en Génova al frente de cuarenta y siete galeras, en las que iban los tercios de D. Lope de Figueroa y de D. Miguel de Moncada, el 26 de Junio de 1571.

Se había reforzado en Nápoles el tercio de Moncada con dos compañías. A allegarlas asistió Miguel, donde pudo notar "la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las

insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía». Corrió entonces rápidamente, vestido de papagayo, como él dice, las anchurosas vías de Nápoles, gustó la dulzura de su clima y la esplendidez de su cielo, en términos que de Nápoles quedó prendado para toda su vida, y este enamoramiento, recrecido en época no muy posterior, se le albergó en el alma, de suerte que, viejo y falto de ilusiones, aún conservó siempre la muy halagüeña de volver á Nápoles, y como desterrado de Nápoles se estimó en la edad madura y en la anciana.

Cuando el tercio salió de Nápoles, ya había embarcado Miguel para viajecillos y excursiones cortas; pero, sólo en la jornada de Nápoles á Génova, viéndose apelmazado con otros muchos cientos de hombres, en las bodegas y sollados de las galeras, pudo sorprenderle «la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinchas, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas». Dando bandazos y corriendo borrascas navegaban las galeras á lo largo del mar Tirreno. Como la travesía era corta, habían amontonado en ellas cuanta tropa inhumanamente cabía y más, así que, «trasnochados, mojados y con ojeras llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido Mandrache, después de haber visitado una iglesia, dió con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente gaudeamus...» Génova se ofrecía, en aquel comienzo del verano, «llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles, que, heridos por los rayos del sol, reverberan en tan encendidos rayos que apenas dejan mirarse».

Génova es, para Miguel, una visión de oro y de gloria: es de esas ciudades anfiteatros que miran al Poniente, y á las que el sol obsequia con sus más gratas, largas y amantes caricias: como Lisboa, como Oporto, como Nápoles. Estas ciudades hablan á los espíritus que las interrogan, no ya de risueñas esperanzas, cual las ciudades que miran á Oriente, sino de inmediatas y ricas rea-

lidades. Estas ciudades son la promesa á punto de cumplirse, son la víspera, que es el día más feliz de la existencia. Nuestro Miguel llega á esta ciudad ya hecho soldado, con la viveza y osadía del bisoño, sin las camándulas del soldado viejo. Ha comenzado á entrever, pero aún sabe poco, «del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas...» Y Génova es entonces, como ahora, un punto de partida para empresas arriesgadas. Entonces, como ahora, pisan, afanados, sus muelles, miles de soñadores pálidos, sueltos, milites en el eterno batallón de la miseria, que es de donde salen los héroes y los santos. Entonces, como ahora, junto á sus muelles, abren las fauces los navíos, inconscientes y fatales portadores de ilusiones al porvenir desconocido. ¿No os habéis parado nunca á considerar, en un muelle de puerto ó en una estación de partida, las caras ansiosas de los que se marchan? Mal podréis entonces figuraros lo que para Miguel era aquella primera salida hacia la gloria ó hacia la muerte.

Esa indecible afinidad que hace paralelos los afanes del príncipe y los del humilde proletario, emparejaba en aquellos días los anhelos de Miguel y los de D. Juan. Ved aquí las dos almas grandes de la jornada futura viviendo en la misma ciudad, cruzándose ó rozándose acaso un día y otro, sin saberlo, como tantas veces pasa uno al lado de la ventura ó del amor que una mujer rebosa, y por azar, y caso de fortuna, las dos paralelas no llegan á juntarse jamás. El general y el soldado eran dos grandes hombres, casi de una edad: veintiseis años tenía D. Juan; veinticuatro no cumplidos Miguel. A ambos les nimbaba la color del rostro, antes blanca que morena, la naciente barba rubia ó *taheña*; ambos tenían alegres y esperanzados ojos, brincadores nervios, corazón resolutivo; ambos eran soldados por inclinación y por necesidad, pues D. Juan, si no lo hubiera sido, habría tenido que encapuzarse en una veste cardenalicia y pasar la vida holgona en arzobispado ó colegio cardenalicio; ambos eran amantes y amados de las mujeres; ambos llevaban el mismo decisivo y máximo interés en la empresa.

En Génova esperaron más de un mes que volviese D. Miguel

de Moncada con recaudo de que los venecianos remolones se hallaban apercebidos, y, con el calor de Agosto, vuelto D. Miguel, marcharon todas las tropas á Mesina.

Los viñedos, los granados y los olivares de Sicilia recibieron á Miguel con la verde fragante sonrisa de su frondosidad fecunda. Las olas hirvientes del estrecho cantaban estruendoso himno de guerra. El ancho puerto iba tragándose galeras y más galeras, cuyas bocas vomitaban hombres y más hombres. El Sr. D. Juan iba y venía de un lado para otro, la faz enrojecida por la faena y el calor, la vista certera, la lengua pronta, el oído atento á la murmuración del jefe como á la queja del más mínimo soldado. A mediados de Agosto llegaron las galeras de España mandadas por el genovés Juan Andrea Doria y pudo Cervantes contemplar la egregia figura de este probado general, que tan de cerca había visto la muerte y la inmortalidad, y que había sabido domeñar á aquélla para lograr ésta.

Grave, altanero y silencioso, Juan Andrea parecía uno de aquellos venerables y sabios paladines que, hartos de guerras y amores, se retiraban á los umbríos bosques ó á los encantados palacios en los libros de caballerías. Traía Doria en sus galeras dos compañías viejas de su dotación, que hoy llamaríamos de desembarco ó de infantería de marina: hombres bragados y barbudos, á quienes nada quedaba por ver en mar ni en tierra, viejos héroes de Trípoli, curtidos en la faena belicosa. Miguel contemplaba aquellos semblantes de cordobán, aquellas barbas entrepeladas, aquellos ademanes calmosos y despreciativos: unos eran italianos, alemanes otros, alguno portugués, muchos españoles de la costa levantina, pero todos ellos parecían pertenecer á una misma nación entrevista en pergaminos viejos, en el Romancero ponderada, en las vagas relaciones de América engrandecida y cuya progenie en los libros caballerescos parecía con toda su sangre y su verdadero color. Ni el lenguaje ni el sentimiento, ni lo que por dentro tenían, ni lo que por fuera revelaban, les hacía parientes de Amadises y Esplandianes, ni tampoco de Héctores y Ulises: sí la robustez de sus hombros, la imponente fiereza de sus bigotes, lo denegrado de su cuero, las cicatrices de rostro y manos.

Distribuyéronse, conforme iban llegando las tropas, las fuerzas que habían de embarcarse en cada nao. Tocaron á las galeras de Juan Andrea Doria, dos compañías del tercio de Moncada: la de Rodrigo de Mora y la de Diego de Urbina. Fué Miguel destinado á la galera *Marquesa*, que mandaba un italiano, Francisco de Sancto Pietro. Pronto se vió Miguel mezclado con aquellos héroes cuyas trazas le llenaron de admiración. Ingenioso como era, luego supo, sin hostigarles con preguntas impertinentes de novato, sondearles el alma. Quejábanse todos de su vida y, entre reniegos y blasfemias, juraban dejarla en cuanto pasase aquella función naval que prometía ser buena de ver: mostraban en sus dichos hallarse dominados por instintos bajos y groseros, brutales impulsos de pendencia estúpida, incoercible amor á la borrachera, crueldad incomfortable y endémica fullería en materia de juego. En su trato, aprendía Miguel lo que son los héroes vistos de cerca, en los pasos de la vida corriente y lejos del trance épico ó histórico. No había tanta diferencia entre aquellos bravos efectivos y los guapos, jaques y *hombres* de la fanfarria de Sevilla. Quizás las compañías de Juan Andrea Doria, transportadas al Compás de la Laguna ó á las oliveras de Aznalfarache, no valdrían más que los mozos de la *heria* y del pendón verde. ¿Qué era pues, el valor; qué el heroísmo?

El 25 de Agosto escribía Don Juan á Don García de Toledo, diciéndole haber visto á Marco Antonio Colonna con las doce galeras de Su Santidad, "que están bien en orden". Así como las galeras de Doria eran las del tronido y la furia, las galeras del Papa, mandadas por Colonna, eran las de la holgura y la riqueza: bien proveídas de todo, bien estivadas de armamento y municiones, bien pagadas sus tropas y mandadas por un príncipe de la casa más ilustre de Italia en armas y letras. Vió Miguel á Marco Antonio Colonna, y retiñéronle en el oído los divinos sonetos platónicos de aquella bellísima y honestísima, sabia y dulce marquesa de Pescara, *Madona Vittoria Colonna*, que mereció los brazos del vencedor de Pavía, la amistad de Miguel Angel y los laudes del cardenal Bembo. Espléndidamente pagados por los Reyes de España los servicios de los Colonnas, aún tuvie-

ron como recompensa más rica y apetecible la admiración de Cervantes.

Poco después llegó la armada de los venecianos, al mando de Sebastián Venier, con cuarenta y ocho galeras, seis galeazas y dos naves. «Estas—decía Don Juan—no están tan en orden cuanto yo quisiera y fuera necesario al servicio de Dios y beneficio común de la Cristiandad. Hame certificado el dicho general—añadía—que muy en breve se esperan otras sesenta galeras que tienen en Chipre.» De nuevo aparecía aquí á los ojos de todos, á los de Don Juan como á los de Miguel, el espíritu rebelde é insubordinado de Venecia, su independencia mal disimulada, la doblez y desgana con que acudían á la Liga. «Las galeras de venecianos—escribía Don Juan, ya un poco amostazado, en 30 de Agosto—comencé á visitar ayer, y estuve en su capitana. No podría creer vmd. cuán mal en orden están de gente de pelea y marineros. Armas y artillería tienen, pero como no se pelea sin hombres, póneme congoja ver que el mundo me obliga á hacer alguna cosa de momento, contando las galeras por número y no por cualidad. *Con todo esto procuraré de no perder ocasión en que pueda mostrar que por mi parte he cumplido con mi obligación.*» Palabras que, siglos después, y en daño nuestro, copió, sin saberlo, el vencedor de Trafalgar. Y dictadas éstas, añadía de su puño y letra Don Juan: «Quiero añadir al mal recado en que vienen venecianos otro peor, que es no traer ningún género de orden, antes cada galera tira por do le parece; vea vmd. qué gentil cosa para su solicitud en que combatamos.»

Impertinentes y altivos los venecianos, como hombres sin dueño ni señor, no se dejaban dirigir ni dominar por la autoridad de Don Juan; quizás su espíritu burlón forjaba epigramas contra el gallardo mancebo que ostentaba en las manos anillos femeniles con corazones de esmeralda; acaso pensaban ellos y otros muchos que no era lo mismo vencer por tierra á unas cuantas falanjes de foragidos moriscos, como los de la Alpujarra, que acometer por mar contra la temida escuadra del turco, á quien toda la cristiandad tenía por invencible. Resistíanse, además, los venecianos á recibir en sus galeras á los soldados españoles, di-

ciendo que ellos se habían obligado á pelear con sus navíos, no á servir para el transporte de tropas. Había, acaso, entre las galeras venecianas mucho barco mercante, que la muchedumbre de soldados podía averiar é inutilizar. Por fin, después de cabildeos y consejos entre sus jefes, «estos señores venecianos—escribió con una punta de ironía Don Juan, en 9 de Septiembre—á la fin se han acabado de resolver en tomar en sus galeras cuatro mil infantes de los de Su Majestad, dos mil quinientos españoles y mil quinientos italianos.» Antes habían llegado las sesenta galeras venecianas de Creta.

El anchuroso puerto de Messina era un bosque de mástiles y una Babel de gentes de todas las castas y lenguas. Miguel estaba excitado, alborozadísimo. En igual situación se hallaba Don Juan, viendo cómo iban zanjándose las dificultades. Pensaba salir con la escuadra el 9 ó 10 de Septiembre, «tan á punto y en orden de pelear como si oviese de encontrar la del enemigo á la boca del puerto.»

El 15 de Septiembre se hizo á la mar la escuadra, dividiéndose en tres armadas de combate, una de descubierta y otra de reserva. En la tercera escuadra de combate, que ocupaba la izquierda, al mando del proveedor general de Venecia, Agustín Barbárico, navegaba la galera *Marquesa*. A popa, viendo huir las olas verduzcas y blancas, un soldado español, recitando como si cantase las heroicas estrofas del *Orlando*, soñaba los tiempos de las viejas Caballerías:

Ben furo avventurosi i cavalieri
ch'erano a quella età.....